

Shells

Jesús Miguel Delgado Del Aguila

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

tarmangani2088@outlook.com

<http://orcid.org/0000-0002-2633-8101>

© UNAN-Managua

Recibido: octubre 2021 Aprobado: enero 2022

<https://doi.org/10.5377/rl.v8i1.14519>

La tengo en mi poder. Acaba de llegar. Vino con un traje muy llamativo: algo oscuro, pero brillante. Tenía la cabeza empapada por la lluvia. Sus ojos estaban húmedos. Ahora se encontraba en mi dormitorio. Se sacaba sus prendas, mientras la observaba a cada momento. Se desnudaba ante mí, y yo me iba haciendo la idea de lo que iba a ocurrir, pero con una tonalidad diferente. Me imaginaba que ella lo iba a hacer por primera vez y que yo era la persona idónea para ese mérito. “Mis papás, ¿qué dirán ellos?”. Ya era muy tarde, muy de noche, muy riesgoso. “Tengo miedo”. Lo sabía de antemano. Mis cartas dieron su efecto. Logré conquistarla de la manera más tierna y más efectiva, a pesar de que muchos galanes estuvieron compitiendo conmigo. Aún no cumplía los dieciocho años, y yo iba a ser el responsable de desvirgarla.

—Discúlpame por el retraso. Intenté salir más temprano, pero tuve un inconveniente. Preferí venir caminando. Sabes, espero que nadie se entere de que estoy aquí.

—No te preocupes. Nadie se enterará, nadie. —Me acerqué a su semblante, y le di un beso. Ella tuvo una reacción inusual. Soltó unas lágrimas que brotaron con un ritmo muy lento, además de que desprendían un aroma muy particular.

—¿Vamos a tener sexo? —No le respondí. Su inocencia no me permitía contestarle. Sentía una especie de culpabilidad e irresponsabilidad—. Nadie sabe que estoy aquí contigo. Pero me agrada la idea: no había otra forma.

Conforme transcurrió el tiempo, me percaté de que ella era muy obediente a mis órdenes. Hacía lo que le pedía. Era similar al trabajo que realizaba un psicoanalista con su paciente que está en una sesión de hipnosis. Tal vez, me ayudó la edad: más de diez años de diferencia. Cuánta experiencia, cuántas mujeres, cuántas cartas escritas, cuántos amores, cuántas torturas...

—Traje todas las cartas que me dejaste bajo

la puerta de mi casa. Las tengo toditas. Siempre las llevo conmigo para que nadie se dé cuenta de lo nuestro. He hecho todo lo que tú me has pedido.

—Está muy bien. Ahora, apagaré las luces para que puedas dormir un poco. Ya es algo tarde.

—Ya.

—Te amo.

—Yo también.

Estoy convencido de que esta pequeña casa lujosa del distrito de San Isidro no es tan privada como yo creo. En este lugar, se pueden dar cuenta de inmediato si es que se emiten ruidos, llantos, quejas o algo que provenga de aquí. Bueno, tampoco soy un experto. Ya lo he calculado todo previamente. Todo lo que ocurrirá está bien programado. Este es un caso más, una chica más, una menor más, una mujer bonita más. No puedo negar que a todas ellas yo siempre las deseé. La única forma de sacar provecho de sus bellezas era acostándome con ellas, sin que ocurriera nada más después. No quería enamorarme jamás.

Me acerqué a la ventana. Vi el exterior. No había rastros de testigos, además de que la tonalidad era ideal para realizar un crimen. El mar permanecía oscuro, al igual que el cielo. Las luces amarillas de los faroles apenas alumbraban el pequeño gras que estaba incrustado en la vereda. Nadie circulaba por allí. La oportunidad estaba en mis manos, en esa mujer, en ella misma. Decidí cerrar las cortinas. A pesar de la oscuridad, podía ver mi cuerpo algo azulado y el de ella también. La besé. Ella se dejó. Luego, continué tocándola. Quería excitarla en medio de su estado algo somnoliento. Después de varias insistencias, empecé a escuchar sus gemidos. Sintió mi sexo erguido sobre el suyo. Vi su imagen desnuda, su rostro, sus ojos... Era tan bella de verdad. Y yo solo me dejaba llevar por mis pasiones y mis deseos. Estaba dentro de ella. Cuando nuestras miradas coincidían en nuestros ojos, me excitaba aún más. Toda esa liturgia siguió hasta alcanzar la cima: llegar al orgasmo. Sangraba. Tuve razón. Ahora ella era mía. Me pertenecía. Al finalizar el acto, dejé que ella se recostara sobre mi pecho; pero, a los pocos segundos, la aparté. Lloraba sin cesar. Me hablaba bajito, sin que yo pudiera entenderle ni una sola palabra. "¿Y cómo llego hasta tu casa? ¿Tomo la ruta que va por toda la avenida El Ejército y de ahí me voy por el parque?". Mi mente evocaba recuerdos agradables y cortos que se mezclaban con el presente. ¿Y ahora?

Ella duerme. Me levanto despacio de la cama, y tomo un cuchillo de la cocina. Vuelvo al dormitorio, y me acuesto de nuevo en mi lecho. Me coloco a su costado. Me tapo. Cojo el almohadón, y se lo hundo en la cara. Empieza a asfixiarse. Se retuerce de un lado a otro. Sus extremidades se agitan con desesperación. Se dobla. Y... La apuñalo en uno de sus senos con todas mis fuerzas. Con esta última acción, ya todo salió bien. Nadie se percató de lo sucedido una vez más: un crimen más, uno más, una mujer más.

Mis sábanas manchadas de sangre me sirvieron para envolver el cuerpo en retazos. Puse los fragmentos de su cuerpo en orden, como solía hacerlo con otros cadáveres: un brazo, media pierna, su cabeza... Todo estaba quedando listo. Los órganos restantes terminan conservándose con el frío que les proporciona la refrigeradora, mientras disfruto masticando el corazón crudo de mi amada. Ella hubiera querido que lo hiciera así. Ella me amaba. Me lo confesó varias veces. Considerar eso me generaba que no tenga remordimientos.

No dejo de masticar su corazón, e intento hallarle un sabor. Soy una bestia insaciable. La devoro sin sentir nada. Mi mirada está perdida. Sin embargo, debo comerla para tener siempre algo de ella en mí, de lo que fue y de lo que pudo haber sido. Hubiera sido un exabrupto que sus restos terminen en una fosa o un basurero como si no fueran significativos para nadie. Era mi deber y mi obligación que conservara su esencia dentro de mí. Era la única forma de que yo le correspondiera ese amor.

Todo terminó, y ocurrió tan rápido como las anteriores veces. Nadie se dará cuenta de esto, ya que no me conocen, no saben dónde vivo ni lo cruel que puedo llegar a ser sin tener remordimiento alguno. ¡Qué basura! No he dejado rastros. He sido muy cuidadoso. He estudiado bien el caso una y otra vez, hasta en pesadillas. Sé que los familiares de ella se desesperarán, pero algún día terminarán de pensar en esa tragedia. Pasará al olvido. No es un sufrimiento eterno. No será un mal que perdure tantos años. ¿A quién podría interesarle un muerto más? Aparte, yo estoy libre de toda responsabilidad. Sus conocidos saben de mí por una identidad falsa. No tienen al alcance mi nombre real. En fin, este caso ya ha acabado. Me he comido su corazón. Ahora debo buscar a otra persona más. Será doloroso emprender otra vez el camino. A nadie le gusta estar enamorándose una y otra vez de alguien a quien le gusta. He perdido el juicio para soportar tanto, pero he aprendido la estrategia para fingir cómo captar mujeres. Es malo eso de estar fingiendo.

Este relato fue escrito originalmente el 19 de septiembre de 2009.